

A propósito del premio Nobel otorgado a España en la persona de Benavente

POR R. BLANCO FOMBONA

EL cable comunica que a Benavente se le ha otorgado el premio Nobel de Literatura en 1922.

Nuevo motivo para pensar en el presente y en el porvenir de nuestra lengua.

En la Europa de la postguerra se ha desencadenado una lucha feroz de nacionalismos, aunque no lo quiera ver mi amigo de «El Liberal» Don César Falcón. Esa guerra asume distintos aspectos. Las respectivas lenguas sirven de bandera a muchos combatientes. Cada quién desea imponer la propia. El inglés y el francés se han venido a las manos, y yanquis e ingleses no aceptan ya la francesa como exclusiva lengua diplomática. Esto no es romanticismo vacío, sino interés nacionalista de la mejor ley.

Razón tiene Francia, por su parte, en sostener a precio de oro en toda la redondez del planeta esas asociaciones o institutos que—con diferentes nombres, según las circunstancias—obedecen al mismo fin: la divulgación de la lengua francesa, que es abrir el camino para la literatura y para el espíritu franceses. También es abrirlo indirectamente para la prosperidad y para la política de Francia.

Eso es gobernar. Eso es continuar siendo digno de un gran pasado histórico, enderezar lo presente y preparar con obras de cal y canto lo por venir.

Veamos qué ocurre con el castellano.

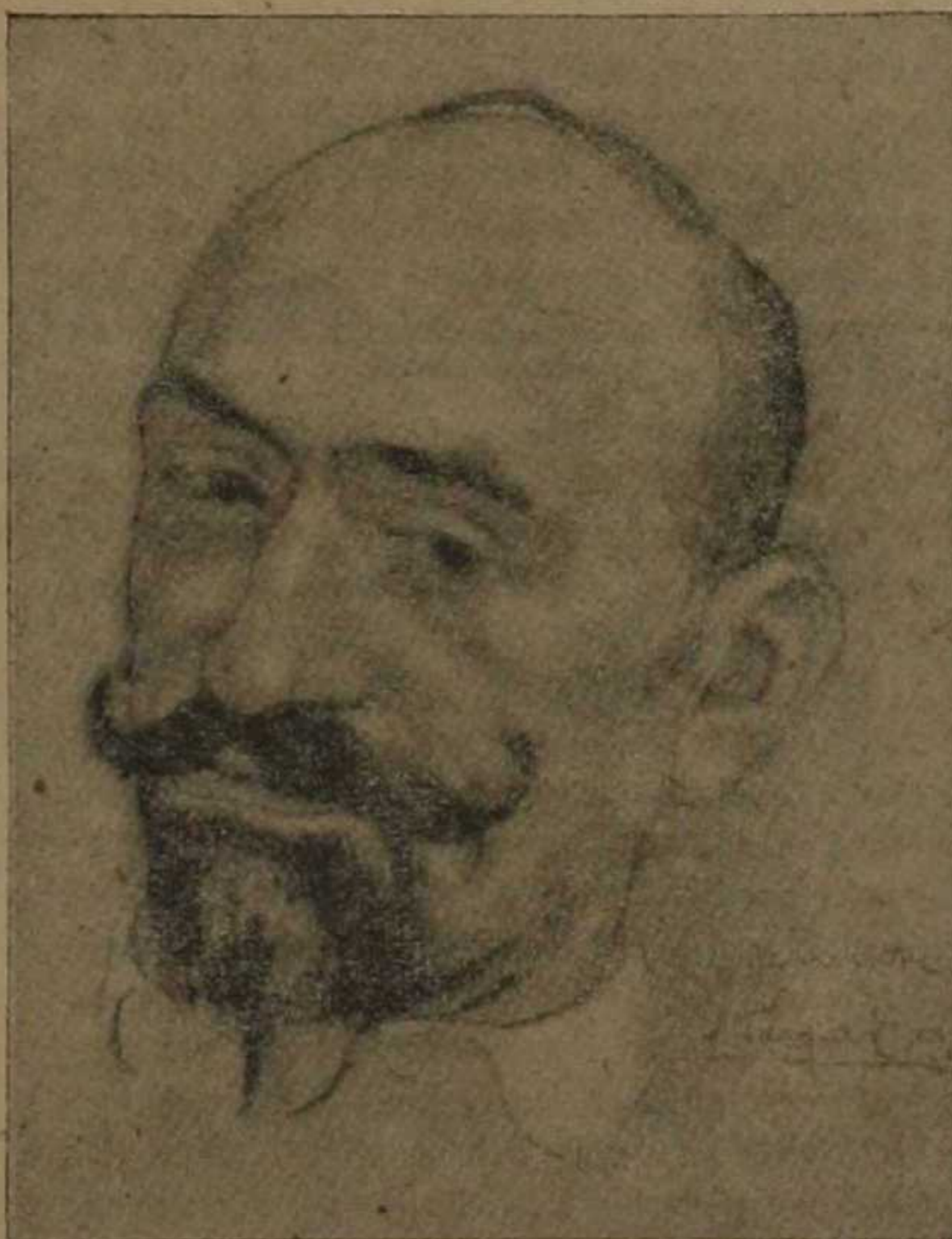
Después de bellos días esplendorosos, degeneró hasta lengua, no de segundo, sino de tercer orden. Nada se hizo por levantarla de su postración.

Hoy empieza una nueva era, una era de más amplios horizontes para el idioma de Castilla. Empieza a divulgarse fuera de los pueblos en que se habla, no por obra del Estado español, sino por obra y gracia casi exclusivas del crecimiento de América y de las grandes perspectivas económicas que América presenta a la actividad y a la ambición extranjeras.

Yo creo que el crecimiento de esta lengua en el mundo no se debe abandonar al acaso y a la incultura de ávidos mercaderes.

España es quien más directamente y en grado más trascendental se bene-

ficia con este movimiento universal hacia nuestra lengua; movimiento, repítase, provocado por América, no adrede, sino por el hecho de existir y crecer ese almárgo de pueblos. Pero ese movimiento universal hacia nuestra lengua puede desaparecer o aminorarse: bastaría que los Estados Unidos—u otra potencia—impusiera su



JACINTO BENAVENTE

(Dibujo de Vázquez Díaz).

dominación política sobre algunos de aquellos países.

El ejemplo es de ayer: ya en Tejas no se habla castellano; y el castellano en Puerto Rico y en Filipinas está herido en el corazón. Sin llegar a tanto, ese movimiento universal hacia nuestra lengua puede quedar reducido por muchísimo tiempo al argot complementario del negociante sin curiosidades ni preocupaciones de orden intelectual.

¿No convendría a España organizar en estos momentos propicios una metódica divulgación del castellano en el mundo? Lo que hace Francia por su lengua, ¿no podrá hacerlo España por la suya? Si la empresa parece difícil, bien: es digna de esforzados. Si cuesta caro, mejor: el dinero de la comunidad, en beneficio de la comunidad debe gastarse. Y en este caso se trata de una comunidad de naciones. Que

esas naciones, de acuerdo, vean por su interés, que radica más allá de estrechos cálculos económicos. Pero aunque España sola debiera arrimar el hombro a la empresa, ¿le convendría esquivarla, so pretexto de dispendiosa?

Cara cuesta la conquista de unos áridos peñones moros y de unas tribus diseminadas en sus tierras del Africa norteña. ¿Parecerá excesivo lo que se gaste—que será un poco menos—en conquistar en los pueblos más cultos a los espíritus más curiosos y en abrir horizontes magníficos al pensamiento español?

El movimiento ascensional del idioma español es tan espontáneo, que llega hasta esa Holanda, que abomina a España y a las repúblicas de España nacidas. Pueblo comercial, sigue Holanda la corriente del comercio. Y el comercio, como la luz, describe su parábola de Oriente a Occidente.

En Amsterdam, adonde veinte años atrás apenas iba algún americano o algún peninsular, y en donde sólo existían dos amsterdameses con rudimentos de nuestro idioma, suelen ahora oírse conversaciones en español por los salones y comedores de los grandes hoteles. Ocurre que los «waiters» de los cafés os digan alguna tontería lisonjera en vuestra lengua materna: han estado en Méjico, en Argentina, en Cuba, en Curazao. Los bancos que negocian con América, como el Hollandsche Bank voor Zuid América, y las grandes casas exportadoras por el estilo del Sindicato Holanda-Colombia necesitan y emplean un personal que conozca la lengua de Castilla. Es corriente que en los periódicos aparezcan anuncios en solicitud de dependientes que lean y escriban español.

Hasta las infinitas marcas de cigarrillos de Sumatra y Borneo, en ese país de fumadores y bebedores eméritos suelen llevar ahora—a imitación de las marcas de la Habana—títulos en nuestra lengua. Sólo que el castellano de Holanda resulta hasta el presente un poco claudicante, y a veces harto ridículo. Así, unos puros de Insulinde se llaman «Petitos bonitos»; otros, «Carolo»; otros, «La havanera»; otros, «Liberatoro Bolívar»; otros, «Escarmena»; otros, «Es cosa». En la preciosísima avenida Dique del Amstel o Amsteldik, una casa muestra, orgullosa, en gordas letras blancas, este escabroso rompecabezas: «Jodi-Debo en gran comercio».

Lo que está ocurriendo con nuestro idioma en los dos grandes pueblos sajones y comerciales es de sobra conocido: tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos se van creando cátedras de lengua castellana en mu-